



La descolonización del niño

Gerard Mendel
Barcelona: Ariel, 1974

Un título provocador para quien lo era por acción u omisión: Gerard Mendel (1930–1974), psiquiatra y antropólogo francés, figura clave en las primeras derivas intelectuales del análisis institucional, al que debemos la elaboración y difusión del “sociopsicoanálisis”. Una corriente de pensamiento y un método de trabajo en el que lo psíquico y lo social confluyen poniendo de relieve la transcendencia de los conflictos para la vida en sociedad. El fenómeno de la autoridad será uno de sus principales artifices. La autoridad, diría, como un tema-problema crucial para entender las relaciones humanas, las crisis generacionales o los fracasos de la educación en todos sus recorridos, filogenéticos y ontogenéticos.

No hemos de buscar muy lejos: el origen de las prácticas autoritarias es inherente al psiquismo humano y a los modos de articularse jerárquicamente las sociedades, perpetuadas por las instituciones socio-culturales que las reproducen modelando el alma colectiva según el “estilo” cultural de cada época. En esta misión, la escuela y la familia no pueden ocultar la influencia que ejercen sobre el desarrollo psicoafectivo de los individuos, ya desde su primera infancia. De ahí la necesidad de interrogarlas y cuestionarlas para desvelar todas las contradic-

ciones psico-sociológicas, económicas, políticas, etc. que las alimentan, convirtiéndolas en un campo de fuerzas tan antagónicas como pasionales: casi nada les resulta ajeno en las tensiones que emergen de la lucha entre la imposición y la autogestión, el cautiverio y la liberación, un superior que domina y un inferior que se somete.

Para Mendel, que ejercía como psicoanalista en el Hospital Psiquiátrico del Sena cuando estalla el Mayo francés del 68, los acontecimientos que encarnan la rebeldía juvenil de los colectivos estudiantiles son una muestra de cómo los poderes establecidos pueden ser interpelados, combatidos, socavados. Como sucedería con otros intelectuales franceses y europeos (Beauvoir, Sartre, Foucault, Lacan, Derrida, Fromm, Habermas, etc.), las dudas que se generan en torno a la noción de autoridad legítima dejarán una profunda huella en su ideario filosófico, del que son buena muestra algunas de sus obras más emblemáticas: *La révolte contre le père: une introduction à la sociopsychanalyse*; *La crise de générations: étude sociopsychanalytique*; *Le manifeste éducatif*; o *Pour décoloniser l'enfant: Sociopsychanalyse de l'autorité*.

En todas ellas, Mendel transita entre la antropología y la política, la sociología y la pedagogía, la psiquiatría y la psicología, el pasado y el porvenir. De hecho, su enfoque educativo es sustancialmente transaccional: comienza por invitarnos a

estudiar los aspectos biopsíquicos y socio-culturales; más tarde a analizar la crisis de civilización en la que se desenvuelve el hombre contemporáneo; posteriormente, a sentirnos partícipes de la mirada antropológica del sociopsicoanálisis como alternativa al devenir humano en general, y al quehacer de la educación y de la escuela en particular, en su irrenunciable misión de protagonizar el «aprendizaje de la libertad individual y social».

Con estos supuestos, la ruptura socio-política, institucional y educativa que propugnaría Gerard Mendel tiene en *La descolonización del niño* uno de sus baluartes más firmes, que no obvia que el logro de un nuevo consenso social nacerá de la institucionalización del conflicto, un estado natural del hombre y de las sociedades. La revolución pedagógica, dirá, lo es «ante todo, porque para aprender a convivir con los conflictos conservando los ojos bien abiertos es necesario un aprendizaje que debe comenzar lo antes posible. Y no hay nada que vaya tan en contra de esta maduración como la sombra proyectada sobre la infancia» (pág. 17-18). Una revolución que se concreta en propuestas, entonces y aún hoy, «revolucionarias» en las que hemos dado en llamar sociedades avanzadas: derecho al voto a los 12 años, coeducación conflictual entre clases de edad, la infancia como un estado específico a desarrollar y preservar durante la vida paralelamente al estado adulto, la supresión de programas y no-

tas. En definitiva: «un nuevo estatuto de igualdad entre el niño y el adulto», sobre el que se dedica a argumentar en la tercera parte del libro.

Aludimos, en todo caso, a una obra cuya edición original se publica en 1971, cuando los diagnósticos acerca de la crisis mundial de la educación (Coombs), de su incapacidad para afrontar las desventajas socioculturales y las desigualdades sociales (Bernstein, Bowles, Coleman, Jencks, Young) o su contribución inequívoca a fomentar la distinción y a la reproducción social (Bourdieu y Passeron) animan a los organismos internacionales a moverse, tratando de darle un nuevo rumbo al desarrollo educativo, que tendrá en el informe *Aprender a ser: la educación del futuro* (1972), dirigido por Edgar Faure, uno de sus más claros exponentes. En esta tarea renovadora colaboraría Gerard Mendel, con un trabajo sobre la autoridad –dos de sus ensayos son la primera y segunda parte de *La descolonización del niño*–, por invitación del entonces director de la Sección de Juventud de la UNESCO, el profesor iraní Ehsan Naraghi.

Volver a leer, treinta años después, a quien nos ha ayudado a entender la condición humana, ya desde sus infancias, nos sitúa ante una oportunidad grandiosa: observar con otra mirada lo que antes no pudimos o supimos ver. O acaso, sencillamente, lo que no teníamos capacidad para explicar e interpre-

tar en todos sus significados. Puede que en esto resida bastante de lo que tiene recuperar este libro para su lectura hoy, dándonos la posibilidad de admirar la audacia con la que Mendel anunciaba sus tesis sobre la infancia en tanto que clase de edad y sobre la lucha de clases de edad como un complemento de la lucha de clases sociales.

Pero, sobre todo, de reencontrarnos con lo que a muchos nos ha llevado a militar académica y profesionalmente en la pedagogía y en la educación como prácticas liberadoras: pensar que «la revolución de nuestra época será pedagógica o, simplemente, no será», aunque con ello «añade» no queramos decir «que deba ser solamente pedagógica, sino que, si no trae consigo una profunda modificación de la condición del niño, cualquier otro progreso, cualquier otra innovación, sea cual fuere su interés o su amplitud, se malograrán» (pág. 172). La revolución social, matizará Mendel en una nota al pie de la página 225, es la que hace «o haría» posible tal revolución pedagógica, admitiendo que difícilmente podrá tener lugar un progreso político sin que esta revolución pedagógica se dé, precediendo o acompañando la social.

En ello estamos en la educación, sean cuales sean sus apellidos, dentro y fuera de las escuelas. También en la educación social: albergando esperanzas e ideales, aunque las realidades contradigan reiteradamente sus afanes. En relación a el-

las, como catalizador de las tomas de conciencia colectivas, siendo a la vez un método de conocimiento y de intervención, el sociopsicoanálisis, en palabras de Mendel, debe ser consciente de sus límites, ya que en el fondo puede que no haga mucho más que desencadenar una posibilidad. Él la situaba en una utopía realista: que la infancia pueda ser un estado y una clase sociopolítica independiente de los adultos.

Para conseguirlo, la función de las instituciones escolares y, por extensión de la educación, sería múltiple (pág. 231-232): lograr la plenitud del estado de infancia; preparación para el estado adulto; ayuda institucional destinada a hacer soportable el conflicto sin recurrir a los pretextos tradicionales fundamentados en la proyección y la idealización; aprendizaje del conocimiento de sí mismo y de los otros, sobre todo en sus modalidades inconscientes. Como los niños no están solos en la institución ni pueden crear solos su clase institucional, sino que están acompañados y necesitan ayuda, Mendel invoca la importante responsabilidad que en su descolonización deben tener los profesores y los educadores. En tiempos de ataduras y dependencias como los que vivimos, una invitación explícita a aclararnos de qué lado y con quién estamos.

José Antonio Caride
Catedrático de Pedagogía
Universidad Santiago de Compostela